

Javier Malagón Barceló

“Don Rafael Altamira Historiador  
La historia de España de Don Rafael”

p. 31-46

Javier Malagón y Silvio Zavala

*Rafael Altamira y Crevea  
El historiador y el hombre*

Miguel León-Portilla (prefacio)

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

1971

132 p.

Ilustraciones

(Historia General, 7)

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de marzo de 2017

Disponible

en: [http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/altamira\\_crevea/historiador.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/altamira_crevea/historiador.html)



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



## II

**DON RAFAEL ALTAMIRA HISTORIADOR**

**LA HISTORIA DE ESPAÑA DE DON RAFAEL**

por Javier Malagón



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS



LA VOCACIÓN POR LA HISTORIA del maestro don Rafael Altamira, se inicia en sus años de estudiante allá por 1882, cuando trató de llevar adelante un *Ensayo de una introducción al estudio de la historia de la humanidad*, del cual escribió más de la mitad, según nos contaba en una de esas tardes en que durante los cinco últimos años de su vida le veíamos casi a diario y charlábamos con él de todo lo divino y humano: de sus trabajos, planes para el futuro de España, “pero de mi España libre, en la que cada hombre pueda pensar y actuar sin mediatización alguna”, de la Comisión de Historia, institución en la que trabajamos dos de sus discípulos y en la que tenía puesto todo su entusiasmo y de la que fue uno de sus colaboradores más asiduos y eficaces. A su *Historia de la humanidad*, que quedó inédita, la siguieron una serie de proyectos, entre otros una *Historia de la novela* de la que preparó el plan general y llegó a redactar algunos capítulos; pero la primera obra histórica que publicó fue su tesis doctoral *Historia de la propiedad comunal* de la que su maestro don Gumersindo Azcárate, en el prólogo de la misma, dijo. “La materia. . . es de suyo difícil y. . . la manera como se trata y desenvuelve implica una laboriosidad y un amor a este orden de estudios que bien merecen plácemes que alienten al autor a continuarlos.” Los deseos de Azcárate se cumplieron, en su entonces



joven discípulo, pues siguió trabajando las historias de las instituciones hasta en la última cuartilla que escribió antes de la enfermedad que nos separó de él materialmente.

Don Rafael, a más de su vocación por la historia, tenía una profunda preparación que no debe faltar a ningún historiador, filosófica y literaria, que adquirió con hombres de la talla de Azcárate, Salmerón, Giner de los Ríos (de quien fue ayudante de cátedra y el que estuvo, como don Rafael nos contaba, “a punto de variar el rumbo de mi vida, pues por el gran cariño que me profesó, quería fuese su continuador en la cátedra de Filosofía del Derecho”).

La obra histórica de don Rafael hay que clasificarla en un doble aspecto: 1º La de investigación, en la que realiza trabajos de primera mano, tal como su *Felipe II*, la mayor parte de sus libros de historia de las instituciones de España y de América; y en cierto aspecto su *Historia de España y la civilización española*; y 2º, la de divulgación y síntesis en la que presenta panoramas generales destinados a “cierta parte del público. . . falto de tiempo y preparación para leer obras extensas o de carácter crítico, como para enfrascarse en la ardua tarea de estudiar monografías e ir traduciendo luego poco a poco el conjunto de sus resultados parciales en conclusiones de alcance general”; y, continúa don Rafael, en el prólogo de su *Historia de España*, “también se ha tenido en cuenta las necesidades de una gran masa escolar que cada día exige con mayor imperio libros acomodados a los modernos principios de la Historiografía y los progresos indudables que la investigación ha realizado”. . . Este problema de la enseñanza de la historia le preocupó hondamente y se puede decir que su actuación como pacifista, es una faceta de aquél; le preocupó, pues dijo: “La Historia es un arma peligrosa en manos de gentes



irresponsables, y mal intencionadas, ya que se convierte al desvirtuar la verdad, en un medio de crear estados de opinión que pueden traer enemistades entre pueblos y, a veces, como consecuencia la guerra misma.”

Resultados de su posición frente al problema de la enseñanza fueron sus libros “*La Enseñanza de la historia*” (1891), que supone un paso adelante en la metodología de la historia y en el que bosqueja sus ideas sobre la necesidad de una moral del historiador y *Problèmes modernes d’Enseignement en vue de la conciliation entre les Peuples et la Pax morale* (1932), en el que viene a resumir todos sus estudios sobre este problema, más una serie de artículos, conferencias y comunicaciones a reuniones internacionales sobre este tema.

La mayor obra de divulgación es sin duda su *Historia de España y de la civilización española*, primero en cuatro volúmenes, que se ha reeditado varias veces y que, más tarde resumida como manual, ha sido impresa en España y América y traducida al inglés (edición norteamericana e inglesa), al francés, al alemán y al italiano.

Su historia supuso al tiempo de su publicación una revolución en los conceptos que se seguían en los libros de historia de España de la época.

1º Daba un sentido universalista a la historia de España, al encadenarla a la historia del mundo;

2º Daba cabida al tema América en la Edad Moderna, en las proporciones lógicas que debe ocupar en la historia de España, pues como él decía, si el americano no puede comprender bien su historia, sin conocer la de España, el español tendría una visión falsa de la suya si en ella no entra la historia del Nuevo Mundo;

3º Estudia paralelamente la historia política y militar, la influencia de la naturaleza, la presión de los



factores económicos, el origen y la transformación de las ideas, la aportación de la ciencia y del arte, la religión y la filosofía, la literatura y el derecho, las condiciones materiales de la vida, las vicisitudes de las masas, en la historia de los pueblos hispanos.

No era posible aceptar, escribió don Rafael, aquella posición de ciertos historiadores que no admitían “*otra clase de historia humana que la política*” (es decir del Estado) dejando aparte todo lo demás que comprende precisamente el proceso de la cultura y del dinamismo social que ha trabajado siempre por la realización de las necesidades humanas, que no son solamente las del organismo político y

4º En la parte gráfica de su historia, que aparentemente es en el libro la menos importante, sustituyó los cromos de más o menos peor gusto por la “representación fiel de objetos reales, únicos que pueden dar la impresión verdadera de sus hechos”.

Gooch en su *Historia e historiadores del siglo XIX* dice: “Altamira ha escrito, indudablemente, el mejor resumen que se conoce en cualquier idioma de la compleja civilización española”; a esto podríamos añadir que más de medio siglo después de su publicación no ha sido superado, siguiendo válido el juicio del historiador inglés.

El ámbito geográfico de sus estudios abarcó a España y América; en cuanto a la época que trabajó con más cariño fue la Edad Moderna; los temas, los de historia de las instituciones en el sentido más amplio del concepto y dentro de éstas las jurídicas. Merece que hagamos un alto en sus trabajos de este orden. Don Rafael siguiendo la línea marcada por el gran maestro de la historia del derecho don Eduardo Hinojosa se enfrentó con la historia jurídica con un sentido realista. Hasta fines



del siglo pasado la historia del derecho no había sido otra cosa que la historia de la legislación, pero ésta era una visión parcial de un todo, pues no sabíamos la vida jurídica de un pueblo y de un momento, por conocer que hubo tal ley y quiénes fueron sus autores, sino que era necesario conocer por qué se dio la ley *ratio legis* y sobre todo cómo se aplicó, es decir, cuál fue su vida efectiva y si se desobedeció, porque decía don Rafael: “El Derecho verdaderamente positivo, comprende también para sus efectos históricos las desviaciones de la ley escrita incluso las faltas y delito, en cuanto expresiones de la proporción real existentes entre la obediencia de la ley como regla de conducta espontánea y normal de la población y las desobediencias y trasgresiones de ella.”

Importancia en los estudios de historia jurídica dio igualmente don Rafael, a la costumbre, ya en estudios especiales, como los que hizo junto con Joaquín Costa, o en sus trabajos generales, por ejemplo en relación a la *Historia del derecho indiano* (especialidad creada por él), señaló la influencia que la costumbre indígena tuvo tanto en la ley emanada de la metrópoli como en las disposiciones de las propias provincias españolas de América.

El historiador del derecho, decía don Rafael, no debe tampoco olvidar el tratar de historiar la vida jurídica de los hechos circundantes como fuente del derecho, es decir, los hechos no jurídicos del hombre —a veces también de la naturaleza superiores a la voluntad humana— que originan derecho, pertenecientes a todos los órdenes de nuestra vida. “Su valor para el historiador jurista deriva de que son ellos los motivos primarios de exigencia ingente a menudo, de la regla jurídica y la explicación racional e histórica de ésta.”

La metodología de la historia, para don Rafael como maestro e historiador, le preocupó en gran manera y trató por todos los medios de inculcar en sus discípulos la





necesidad de sus conocimientos. Si hoy la historia de España y la de América, es estudiada con una mayor seriedad, en parte es debido a la obra realizada por don Rafael en sus libros y cátedras para mejor preparación metodológica del profesional de la historia.

¿Cuál fue su concepción de la historia? La vieja definición de “historia maestra de la vida”, podía resumir la posición personal de don Rafael. En 1924 en la advertencia a la *Historia de la propiedad comunal* (vol. VII de sus obras completas) nos lo dice: “El conocer histórico no se ciñe a dar a la memoria material de nombres, fechas, sucesos, sino que hace penetrar al investigador en lo más íntimo del espíritu de los pueblos y le revela lo que propiamente se ajusta en adecuación más o menos perfecta, con las necesidades reales de cada agrupación humana nacional o local. *Suministra así el más seguro norte para dirigir a las colectividades.* . . Proceder de otro modo es exponerse a dar palos de ciego y estrellarse cien veces contra el *non possumus* de los hechos más inflexibles que el de cualquier autoridad.”

Tenía confianza en España y en lo español. No creía que el papel de lo hispano hubiera ya pasado y que su misión en la marcha de la humanidad estuviera terminada. Nada de eso; creía en la existencia de una riqueza por explotar, riqueza de valores espirituales que dará magníficos frutos a la vida de las naciones. Decía siempre: “A la larga la obra de España será reconocida. Algo debió valer cuando en América tras tres siglos, en oposición con enemigos poderosos logró dar cima a su labor colonizadora y dar nacimiento a las naciones que son continuadoras de su obra.”

He preferido presentaros retazos de uno de los aspectos de la vida de don Rafael, de la del historiador, tratando de hacerlo con palabras sencillas, como él lo hacía, para tener la ilusión de que estoy oyéndole en una de esas



tantas tardes en que a esta misma hora sentado junto a su sillón seguía aprendiendo del maestro lo que de España y de América se debe esperar, al mismo tiempo que sólo con su presencia, admiraba el ejemplo de bondad y entereza de un hombre que si español por nacimiento y sentimiento, fue también americano por su amor y devoción a estas tierras.



*La Historia de España y de la civilización española* de don Rafael, publicada hace más de setenta años, en Barcelona (junio 1899) por Juan Gili, no obstante su carácter de manual como el mismo autor afirmaba en el prólogo de la primera edición:

se trata de un *Manual*, es decir de un libro elemental de vulgarización, que no tiene pretensiones eruditas, ni presume de agotar la materia, ni mucho menos de enseñar nada a los estudiosos . . .

ha sido el libro de historia de España que más repercusión ha tenido en lo que va del siglo y no sólo en el momento de su aparición, sino hasta hoy día, tanto en España como fuera de la Península, y casi me atrevería a decir que más en el extranjero. Son muchas las razones. La aparición de la obra de don Rafael llena una necesidad sentida no sólo en España, sino en otros países al despertarse o tal vez acentuarse el hispanismo moderno. La Guerra del 98 que liquida los restos coloniales, si es que así se quiere llamar, de España en el Nuevo Mundo y en Oceanía plantea una serie de cuestiones políticas e históricas, entre ellas ¿cómo pudo España, un país tan debilitado en el siglo XIX, haber poseído un imperio de tal extensión como el que tuvo? ¿Cuál fue su poder



marítimo y militar? ¿Se basó en ellos su preponderancia o hubo otros factores o elementos que contribuyeron a ello? Pero todas estas cuestiones pueden resumirse en una sola pregunta: ¿Qué es España y lo español? No olvidemos que los escritores románticos extranjeros habían presentado una imagen de España que era, en cierto aspecto, la de “pandereta, el majo, la gitana, el bandolero, el vagabundo, la de una civilización arábiga y morisca, y al mismo tiempo la contradicción de lo católico ultramontano, y en el orden político el espadón absolutista y arbitrario”. Sin embargo, el momento histórico era contrario a esa imagen estereotipada. Efectivamente, en el orden militar era débil y lo prueba el hecho de que la pudo vencer sin gran esfuerzo una nación nueva y sin tradición bélica como Estados Unidos, imponerle la rendición incondicional y desalojarla en provincias extrapeninsulares como Puerto Rico, Guam y Filipinas para someterlas al régimen colonial del siglo xx e iniciar su ascenso hacia la condición de primera potencia. En el orden político vivía, desde la restauración, una forma democrática, bipartidista, monárquica pareja en todo sentido a la tradicional inglesa, mientras que la mayoría de los países europeos luchaban todavía por encontrar el camino democrático en sus gobiernos. Pero ¿cómo era España?, ¿cómo había llegado a lo que es hoy?, el hoy de los 90 del siglo pasado.

Esto es lo que Altamira quiso responder al escribir su historia “al fin y al cabo los españoles necesitamos saber lo que sea posible de nuestra vida pasada...”. En otras palabras, pero con idéntico fin, don Rafael se planteó los problemas que los escritores y pensadores de ese período histórico como Unamuno, Baroja, Azorín y Ortega más tarde trataron de contestar. Hay algo que no se ha dicho y es que don Rafael Altamira es el historiador que dio a España la “generación del 98”. En el futuro, al



estudiar dicha generación no deberá olvidarse a don Rafael que jugó en el campo de la historia un papel idéntico al de los otros escritores en la novela o en el ensayo. Dio a la historia de España un nuevo contenido, bajo la influencia francesa e italiana, como él mismo lo indica, y especialmente bajo la de Seignobos. Las ideas no eran nuevas, tal vez archiconocidas (de “antiguo abolengo” pero “que sólo en nuestros días han adquirido aceptación universal y se han formulado sistemáticamente”), pero él fue quien las puso en práctica en España. Don Rafael parte de que la historia de la civilización une a los pueblos y por ello la hace jugar un papel primordial en su obra, y quizá por primera vez (aunque algunos escritores le precedieron, como Lafuente, en forma limitada) expone “todos los órdenes de la actividad humana —el político, el jurídico, el económico, el literario, el científico, el artístico, el moral, etcétera—” y abarca no lo que España era a fines del siglo XIX, cuando él la escribe, sino lo que fue a través de los siglos, refiriéndose a los territorios que integraron España —o el poder español— no sólo desde el centro del poder sino también, podríamos decir, desde la periferia. El ejemplo más claro de lo que afirmamos es la parte que, entremezclada con la historia peninsular y europea —como lo estuvieron en la época— dedica a la expansión y obra de España en el Nuevo Mundo, de tal forma que desgajada del conjunto de su libro nos da una historia particular de América en los siglos XV a XVIII.

El libro de don Rafael vino a descubrir al español una nueva idea de su pasado y de su tierra expuesta con “claridad y sencillez” y con sentido optimista hacia el futuro de España, y como forma de comprender el presente de ella. Pero si importante era para el español el libro, más lo fue para los de otras culturas que tratando de penetrar en la realidad española desde fuera tuvieron



en la *Historia de España y de la civilización española*, una guía simple y realista de la complicada y compleja vida del pasado español. (La mejor prueba es que el resumen que hizo de su historia don Rafael fue traducido al francés, al alemán, al inglés —edición en Inglaterra y Estados Unidos 1950, traducida por Muna Lee—, al italiano y que en varios de esos idiomas se ha reeditado recientemente, aparte de la edición española en la Argentina y la que se prepara actualmente en México.)

Resultado de ello es que la obra de don Rafael sigue siendo tal vez el único texto de uso imprescindible para todos aquellos que estudian o tratan de estudiar la historia de España, pues entre otros valores tiene, como dice el historiador inglés Elliot, el de contener “*much information not easily available elsewhere*” (*Imperial Spain*, London, 1963), o como señala Aguado Bleye el de “trazar de mano maestra las grandes líneas de la historia política y cultural de España” (*Historia de España*, Madrid, 1947); o el de ser como afirma R. Trevor Davier “*An epitome of Spanish History... written in the light of more modern knowledge*” (*The Golden Century of Spain*, London, 1937). De manera análoga se expresaba G. P. Gooch en su *Historia e historiadores del siglo XIX* pocos años después (1913) de publicada la *Historia* por Altamira: “Altamira... ha escrito indudablemente el mejor resumen que se conoce en cualquier idioma de la compleja historia de la civilización española”; y así podríamos continuar las citas, y más larga sería la lista si tratáramos de enumerar los autores que utilizan la *Historia* de don Rafael, se puede decir, en todas las naciones en las que hay interés por España y lo español.

Es curioso observar que, sin embargo, en la historiografía española actual se olvida o se cita de oídas o de referencia el libro, tal vez por no haberse reimpresso últimamente en España y por lo tanto no poder dispo-



ner los historiadores de ejemplar propio, forma normal de trabajar en el mundo hispánico, en el que las bibliotecas públicas —debido a su pobreza y, como consecuencia, a su organización (don Rafael se quejaba ya de ello cuando escribió su libro)— no ofrecen facilidades para quien debe utilizarlas. De ese desconocimiento de la *Historia* de don Rafael por los historiadores españoles actuales me habló largamente Vicens Vives cuando visitó Washington un año antes de su muerte; en esa misma ocasión señalaba que don Rafael fue, tal vez, el primer historiador que escribió la historia no partiendo de Castilla, sino tratando en plano de igualdad a los diversos reinos que formaron la corona española, y por tanto a Aragón, Valencia, Cataluña les daba el lugar y el tratamiento que les corresponde en la historia de España.

Vicens Vives quedó asombrado del hecho de que, en Estados Unidos, aquellos que conocían la historia española habían adquirido este conocimiento a través del libro de don Rafael, en la mayoría de los casos.

Don Rafael no se daba por satisfecho del *Manual* en los últimos años de su vida en los que estuve muy unido a él aquí en México, y proyectaba una revisión de la obra no obstante haber cumplido los ochenta años y reconociendo que esa labor requería tiempo. Sabía cuáles eran las fallas principales que tenía el libro (recuerdo que decía que el aspecto económico de los siglos *xvi* y *xvii* debía reescribirse totalmente) y quería ponerlo al día. Leía insaciablemente, tomaba notas y fichaba, en trozos de papel de diversos tamaños y formas con letra clara y firme, todo aquello que consideraba de utilidad para el nuevo texto que pensaba preparar. Se hicieron gestiones cerca del editor que tiene los derechos de la *Historia*, para que se los cediera o bien hiciera, en América, una nueva edición. Por una serie de circunstancias no se llegó a un acuerdo, y entonces don Rafael aban-



donó la idea para dedicarse a completar una serie de estudios monográficos y a compilar escritos que estaban repartidos por innumerables revistas y periódicos.

Fue una lástima que se frustrara el proyecto, pues tenía incluso el guión o índice para completar la historia hasta 1939, fin de la guerra civil, y con ello señalar las repercusiones de la misma en el mundo, especialmente en Hispanoamérica. En consecuencia, el *Manual* sigue siendo casi la única obra al alcance de los de lengua no española y a ella acuden en Estados Unidos gran número de estudiantes y profesores que se dedican a lo que llaman Latinoamérica.

No es que queramos decir con ello que no hay historiadores capaces en España, nada de eso; basta recordar nombres como los de Valdevellano, Regla, Jover, Seco, Domínguez, etcétera, y no digamos fuera de ella como Sánchez Albornoz —quien ha realizado una obra magnífica en la Argentina— o Castro —que con sus escritos ha llamado la atención a ciertos planteamientos y problemas, de gran originalidad e interés, los que no habían sido tenidos en cuenta por los historiadores— pero falta un resumen, epítome o manual, como se le quiera llamar, que reúna las virtudes del que escribió don Rafael y revista la suficiente importancia para que sirva una vez traducido, a aquellos que fuera de España tienen interés en nuestra historia. Pero entretanto la *Historia de España y de la civilización española* de don Rafael seguirá siendo, con todos los defectos que él mismo reconocía, la principal fuente de información para todos los que en una forma u otra quieren o necesitan informarse sobre el pasado de España.





INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS